

morada de publicar un periódico, que no tenía más pecado que llamar *digno* al partido benitista. Por ese solo hecho, enfurecido el gobierno general, mandó que el señor fiscal promotor de chismes electorales, se separara del puesto y se fuera á echar pulgas á la calle.

La misma crónica popular agrega: que aunque el señor promotor de la *Voz del Pueblo* dijo muy afligido que *ya no lo volveria á hacer*, no le valieron sus plañideras súplicas.

¡Rayos y truenos!

Así dicen que exclamó el anciano general Ignacio Mejía cuando vió en la *Opinion* el elenco de editores, colaboradores y comparsas que figuran en aquel periódico. Y la alegría del buen general subió de punto cuando leyó la letanía de elogios con que han hecho justicia á su personalidad. Lágrimas de reconocimiento humedecieron aquellos ojos, que en otro tiempo eran tan bellos. Pasada aquella crisis de amor momentáneo, dijo el señor general:

—¡Con mil bombas! ¡Quién habia de creer que esos *mocosos* que nacieron ayer supieran toda mi vida y milagros! ¡Oh talento escrudiñador de muchachos!

El "Constitucional."

Este emponzoñado colega que se publica en esta ciudad, vomita una série asquerosa de insultos contra los hombres que tuvieron la debilidad ó desgracia de aliarse á los invasores franceses para sostener al imperio.

Si la patria no hubiera pronunciado su última palabra de perdón para los que tomaron participio en la intervención extranjera, si el triunfo de la República acabara de pasar, la saña del

Constitucional seria disimulable; pero cuando la patria perdonó el error de sus malos hijos, cuando ya todos los verdaderos defensores de la independencia nacional han olvidado la traición de un corto número de mexicanos, es soberanamente ridículo é indecente que un pobre ciudadano, á quien la Nación nada le merece, pretenda recrudecer el odio ya extinguido que se tenía á los aliados de la intervención.

La noble conducta seguida por la mayoría del país debia observar el *Constitucional*, y desechar para siempre el instinto sanguinario de sus pasiones.

Mujeres guerreras.

Dicen que el domingo pasado, como á las dos y media de la tarde, los paderones y cercados de espinos que forman la calle de San Bernardo, fueron testigos de una batalla singular.

Es el caso que dos mujeres de mala traza se dieron en aquella solitaria calle una buena tarea de araños y puñetazos. Durante la primera embestida se hicieron jirones sus pobres vestiduras, y á cuero descubierto siguieron peleando con más intrepidez y bizarría. Cuando estuvieron bien cansadas y estropeadas, se retiraron, dejando el campo regado de harapos.

—¡Y los gendarmes de blusa roja, en dónde estarían?

—¡Oh! estarían durmiendo bajo los frondosos árboles de Guadalupe como tienen de costumbre.

Les encontró la quiebra.

El presidente municipal ha escogido un método muy particular para